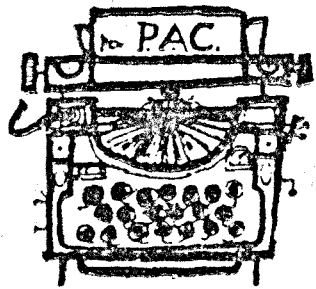


CARTA A UN JOVEN



Esta semana han abundado las cartas de jóvenes. Un índice de la inquietud juvenil que agita a Nicaragua. He publicado, en esta edición, dos de esas cartas. La tercera solamente la comento porque su autor me ha pedido reserva.

Estimado amigo:

No puedo ocultarle la alegría que me ha proporcionado su franqueza y su falta de prejuicios —tan rara hoy— al dirigirse a mí saltando la barrera generacional y sobre todo la barrera de mi fe para establecer un diálogo sincero. Nadie mejor que un poeta sabe cómo se le cierran puertas al que afirma su condición de cristiano. Ser cristiano suscita una secreta hostilidad inicial. Es como un borracho consuetudinario en el umbral de una mansión burguesa. Se supone que disuena con el medio. O que es un hipócrita. O un exilado. Por eso me ha sorprendido que usted —desde su franco anticristianismo— me hable, no como a un enemigo, sino como a un amigo, y que me conceda buena fe en mis preocupaciones y en mis escritos hasta pluralizar la difícil situación en que ambos estamos, usted “como joven que no cree” y yo “como hombre creyente” para cumplir con nuestras conciencias.

¡Tremendo tema el que usted me plantea!: “La bondad cristiana —me escribe usted—, en una situación de explotación como es la actual, corre el riesgo de convertirse en un simple engaño”. Luego, punto y seguido, agrega usted esta frase absoluta: “Lo que hace la llamada caridad cristiana es explotar, por un lado, con toda la rapacidad del sistema capitalista a aquellos, que por otro lado ayuda con su generosidad”. Y termina usted el párrafo así: “La única bondad que puede permitirse el hombre actualmente es la de cambiar esto radicalmente para que la bondad sea posible”.

—Ciertamente, como dice un personaje de Brecht, “una rebelión sentada es un fracaso”. La bondad que adormece la justicia es un engaño, pero esa no es bondad cristiana. Acudir en ayuda de un prójimo, o de una situación concreta, nunca puede estropear la lucha por la justicia a no ser que se haga, dolosamente, como compensación; pero en tal caso no se está realizando el amor cristiano sino usando un calmante burgués. Que usted auxilie a un camarada preso o enfermo, no compromete necesariamente su causa revolucionaria, antes la alienta al encender el calor de la fraternidad. ¿No lo cree usted así? —Pues bien, en este caso, el cristiano sólo debe diferenciarse del comunista en que para él su “camarada” es TODO prójimo y no solamente el adscrito a un movimiento o a un partido. El Padre Mejía intercedió por la vida de unos muchachos del F.S.L.N. arrosando el atropello. ¿No leyó usted, esta semana, la ejemplar protesta del Padre José Ernesto Bravo, de Pueblo Nuevo (Esteli), por las torturas a que fue sometido un campesino? —“La Iglesia de que formamos parte vela por la integri-

dad no sólo de sus miembros, sino de todos los hombres” —dijo el sacerdote, dando un testimonio auténtico de cristianismo. Iglesia no significa “capilla” exclusiva o excluyente, sino al contrario (viene de “ekkaleo”, convocar) llamar a los demás —a usted también— a la unidad humana.

Escrito esto sé, de inmediato, que provoqué su acechante ironía. Y con razón. No suele ser muy “ekkaleo” lo eclesiástico. No suele ser ese el comportamiento cristiano de la mayoría. No solemos portarnos así. Pero entendámonos. Para comprender el lastre que lleva consigo el cristianismo no es necesario esperar sus dos mil años de historia. También el Comunismo, en menos de cien años de vida, ya posee suficientes fieles de nombre, vividores y hasta bandidos que desacreditan sus propios ideales. El Cristianismo, en buena parte, es una revolución contra sí mismo. Dos mil años pesan. Pero no bastan para destruir la esencial “subversión” del Evangelio, fuente permanente de justicia y amor para quienes quieran vivir sus doctrinas.

Por el texto de su carta yo creo que en este aspecto pronto nos entenderíamos; pero hay otra frase suya definitivamente opuesta a mi pensamiento. La copio: “Su alarma es generosa, pero si usted PAC me dice: “esto está podrido”, yo le contesto: “Mejor, entre más podrido más pronto revienta”.

La esperanza de toda la juventud latinoamericana parece estar condensada en esa frase suya. Una esperanza que me parece, por cierto, sumamente débil. ¿Es que el mal tiene un punto límite? —Una de las capacidades del hombre es hacer infinito el mal. La historia nos muestra situaciones en que el mal ha provocado reacciones violentas y salvadoras; pero también nos muestra, y en mayor número, situaciones en las cuales el mal lo que hace es reproducirse cada vez más; contagiar y dañar capa tras capa a toda la sociedad; podrir y envilecer a un pueblo indefinidamente hasta su liquidación.

Gobiernos que fueron pésimos, que significaron, en su momento, un paso nefasto hacia la arbitrariedad y la opresión, son luego añorados por los mismos pueblos que los abominaron cuando el mal crece y se multiplica tanto que ya parecen virtudes los vicios iniciales. Muchos tiempos pasados pasan a considerarse “edades de oro” —no porque lo fueran— sino porque los tiempos que les siguieron fueron un abismo de ignominia.

El avance del mal —si no se contrarresta día a día— reduce cada vez más el elemento sano capaz de reaccionar. Cada día serán menos los que vean necesario un cambio o los que tengan entereza siquiera para proponérselo. “La miseria, decía un cínico, no sólo produce comunistas, produce también, y en mayor número, votos para el dictador”.

Es peligroso por tanto —no lo

4 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

dudo— adormecer el sentimiento de justicia con una caridad mal entendida, pero lo es también, y más, utilizar el mal en la creencia de que puede producir el Bien. El ruso Alejandro Herzen decía que “no se pueden construir viviendas para hombres libres con materiales hechos para construir cárceles. Decir que la “UNICA BONDAD” es cambiar esto radicalmente es una frase que parece cierta si no tuviera una palabra que la hace monstruosa: y es la palabra UNICA. Suprimir toda bondad esperando un tiempo paradisiaco para que la bondad reine, resulta, simplemente,

crear el infierno.

TODO PASO HACIA EL BIEN ES BUENO.

Derive usted todo lo que moral y políticamente se deduce de esta proposición. Y ayúdeme a contestarme esta interrogación: El radicalismo que todo lo espera de una extrema violencia ¿no está logrando en Hispanoamérica arrear hacia la derecha a casi todas las fuerzas que pudieran coordinar una izquierda favorable al cambio y formar una conciencia vigilante promotora de justicia?

Su amigo:

PABLO ANTONIO CUADRA